

LIBRO II.

CAPÍTULO I.

Costumbres.—Estado interesante.—Precauciones.—Las cihuapipiltin.—Felicitaciones.—Horóscopo.—El bautismo.—Nombres.—Lactancia.—Circuncision.—Dedicacion de los niños al Calmecac ó al Telpuchcalli.—Educacion doméstica segun el Códice Mendocino.—Educacion religiosa de la mujer.—Sacerdotisas ó monjas.—Concubínaje.—Mujeres públicas.—El Cuicoyan.—Leyes acerca del matrimonio.—Repudio ó divorcio.—Ceremonias en el matrimonio.—En Icheatlan.—En la Miteca.—Entre los otomies.

LOS antiguos méxica se distinguían por ceremoniosos. En sus relaciones, aun en las más comunes, se sujetaban á ciertas reglas, que constituían su código de urbanidad. Eran fórmulas, acompañadas de discursos más ó ménos prolijos, aprendidos de memoria en las escuelas ó en el seno de la familia, repetidos de una manera igual en todas las circunstancias idénticas. Esas arengas, muchas de las cuales conservaron los autores, ofrecen un lenguaje sentencioso, lleno de figuras é imágenes, abundando en palabras expresivas y del mayor comedimiento. Las ideas predominantes son, el respeto á los dioses, el cumplimiento exagerado del culto, una negra supersticion, basada en creencias extravagantes y agüeros absurdos; sigue la parte moral, excelente en máximas y doctrinas tomadas de las fuentes más puras,

descubriéndose en el fondo ciertas aprensiones melancólicas, á que dan alimento la inestabilidad y rapidez de las cosas humanas, los sufrimientos y las penalidades de la vida transitoria, el recuerdo de la vida futura, amargado por los castigos que aguardan á quienes no cumplen sus obligaciones. Siempre la mezcla confusa que hemos encontrado en las ideas religiosas.

Para penetrar en el laberinto de las costumbres, vamos á tomar por guía el Códice de Mendoza. Documento auténtico y del mayor precio para nuestra historia, las quince láminas de que su tercera parte consta, de la 58 á la 72 inclusives, al interpretarlas nos conducirán por la vida íntima de los pueblos que nos van ocupando.

Laego que la casada se sentía madre, lo avisaba á sus parientes; seguía una reunion de las familias de los cónyuges, en que mutuamente se daban el parabien por el feliz suceso, en largos y numerosos discursos: acababa la reunion con un convite. (1) Repetíase cuando la enferma llegaba al sétimo ú octavo mes, mas entónces concurrían sólo los parientes ancianos, hombres y mujeres, quienes, despues de la comida indispensable, elegían la mujer experimentada para aquellas ocasiones, llamada *ticitl*. La médica, por lo comun vieja, se hacía cargo de la paciente; la primera prescripcion era un baño en el *temazcalli*, invocando á Yoalticitl diosa de los baños, á Xochicatzin y á Quilaztli, númenes protectores en aquellos casos; seguía la imposicion de ciertas reglas higiénicas, como la de no entregarse á ejercicios violentos, usar buenos alimentos, &c., á las que iban unidas muchas indicaciones absurdas, como las de que no viera lo colorado porque el feto no se pusiera de lado; no mascara *trictli*, (chicle, el *chapotli*) para que el niño no contrajera la enfermedad dicha *netentzoponiliztli*, y así otras. (2) Dura todavía la costumbre en el pueblo de contentar los antojos que en las cosas de comer tenga la mujer grávida, á fin de evitar el aborto.

Las medicinas aplicadas en la hora crítica, *hora de muerte* como la llamaban, consistían en baños, dar á la paciente una infusion de la raíz molida de la yerba llamada *cihuapaelli*, y como supremo expelente una bebida en que se ponía el polvo de un

(1) P. Sahagun, tom. II, lib. VI, pág. 160-73.

(2) P. Sahagun, loco cit. pág. 174-83.

pedazo, tamaño de un dedo, de la cola del *tlacuatzin* (tlacuache, *Didelphis Californica*, Benn). En los casos difíciles, la *ticitl* tomaba por la cabeza á la enferma, la levantaba, le infundía ánimo invocando á Cihuacoatl, Quilaztli [y Yoalticiti], y dábala en las espaldas con las manos ó los piés. Si acontecía que el niño muriera dentro de la cámara materna, la médica, con una navaja de piedra, sabía despedazar el cuerpo y extraer los pedazos. (1)

Agotados los recursos del arte, sin éxito favorable, la *ticitl* cerraba la puerta del cuarto de la enferma, dejándola sola. Luego que moría, llamábanla *macihuaqueque*, mujer valiente, quedando colocada en el número de las divinidades, bajo el nombre de *Cihuapipiltin*. Lavaban el cadáver dejándole el pelo suelto y tendido, poníanle las nuevas y mejores ropas que tenía, y tomándole el marido sobre la espalda, á la puesta del sol se dirigía al templo para hacer la inhumacion; rodeábanle las *ticitl* viejas, armadas de espada y rodela, voceando en son de guerra y acometimiento. Esta prevencion venía de que, los mancebos apellidados *telpupuchin*, ó guerreros noveles, salían al encuentro del cortejo, trabando una verdadera escaramuza por apoderarse del despojo y cortarle el dedo mayor de la mano izquierda, el cual colocado en el escudo deslumbraba y atemorizaba al enemigo, haciendo valiente al poseedor. Lograda ó no la mutilacion, pues las matronas se defendían obstinadamente, el cadáver era enterrado delante de las gradas del teocalli de las diosas *Cihuapipiltin*, mujeres celestiales. Todavía era preciso que el marido, acompañado de sus amigos, guardase cuatro noches arreo el sepulcro, porque los soldados bisonos acudían á apoderarse del dedo codiciado, ó de los cabellos que tenían la misma virtud; y los hechiceros nombrados *tomamacpalitotique* hurtaban el cuerpo para cortarle entero el brazo izquierdo, eficaz para ciertos encantamientos, y desmayar á las personas á quienes querían robar. Como en su lugar vimos, las *cihuapipiltin* moraban en el *Cihuatlampa*, occidente; de ahí salían armadas y en son de guerra á recibir al sol en lo más alto de su curso diurno, *nepantlatonaviuh*, le ponían sobre las ricas andas *quetzalapancaoyotl*, y con danza guerrera le llevaban hasta el ocaso, donde terminaba su tarea; entonces amanecía en el infierno, los réprobos se levantaban pa-

(1) Sahagun, tom. II, pág. 184-85.

ra conducir al sol al orto siguiente, mientras las *cihuapipiltin* bajaban á la tierra, ya para poner espanto, ya para entregarse á labores femeniles. (1)

En los casos comunes y felices, al llegar la *hora de muerte* lavaban el cuerpo de la enferma y jabonaban sus cabellos, colocándola en la pieza destinada al efecto; la asistían segun usaban, prodigándola todo cuidado. La *ticitl*, al terminar el alumbramiento, recibía al niño, y como todo en aquellas costumbres tenía el aire de guerra ó combate, voceaba á la manera de los que pelean, significando que la paciente "había vencido varonilmente, y que había cautivado un niño." Lavaba y componía al infante; este lavatorio iba acompañado de estas palabras: "Re-cíbate el agua, por ser tu madre la diosa Chalchiuhtlicue Chal-chiuhiltonac, y póngate el lavatorio, para lavar y quitar las manchas y suciedades que tienes de parte de tus padres, y límpiete tu corazon, y dé buena y perfecta vida." Era una primera ablucion para quitar unas manchas semejantes á las del pecado original. (2) Si era varon le decía: "Hijo mio muy amado y muy tierno: cata aquí la doctrina que nos dejaron nuestro señor Yoaltecutli y la señora Yoalticiti, tu padre y madre. De medio de tí corto tu ombligo; sábeto y entiende, que no es aquí tu casa donde has nacido, porque eres soldado y criado: eres ave que llaman *quechol*. Eres pájaro que llaman *tzacuan* (Tzacuantototl, Filomena, *Ampelis cedrorum*, Sclat.), y tambien eres ave y soldado del que está en todas partes; pero esta casa donde has nacido, no es sino un nido, es una posada donde has llegado, es tu salida para este mundo: aquí brotas y floreces, aquí te apartas de tu madre, como el pedazo de la piedra donde se corta: esta es tu cuna y lugar donde reclines tu cabeza, solamente es tu posada esta casa: tu propia tierra otra es: para otra parte estas prometido; que es el campo donde se hacen las guerras, donde se traban las batallas, para allí eres enviado, tu oficio y facultad es la guerra, tu obligacion es dar de beber al sol sangre de los enemigos, y dar de comer á la tierra, que se llama Tlaltecútl, con los cuerpos de los contrarios, &c." Si era hembra la decía: "... "Habeis de estar dentro de casa, como el corazon dentro del cuerpo; no

(1) P. Sahagun, tom. II, pág. 186-91.

(2) Torquemada, lib. XIII, cap. XVI.

habeis de andar fuera de ella; no habeis de tener costumbre de ir á ninguna parte: habeis de tener la ceniza con que se cubre el fuego en el hogar; habeis de ser las piedras en que se pone la olla; en este lugar os entierra nuestro señor, aquí habeis de trabajar, y vuestro oficio ha de ser traer agua, moler el maíz en el metate: allí habeis de sudar junto á la ceniza y el hogar." Estas oraciones ó sean discursos, encierran las doctrinas que aquel pueblo tenía, acerca de los destinos de ambos sexos; en consecuencia, los guerreros que á pelear salían, llevaban á enterrar el ombligo del niño en un campo de batalla, siendo esto señal de que "era ofrecido y prometido al sol y á la tierra," mientras que el ombligo de la niña era enterrado junto al fogón, en señal de que la doncella quedaba atada á la casa. La *ticitl* dirigía una congratulación á la ya madre. (1)

Seguían los plácemes dados á la madre, padre, parientes y aun á los mismos niños, por los amigos y parientes lejanos; según la categoría de la familia eran las arengas, pues si el recién nacido era príncipe, venían al cumplimiento los señores de los pueblos y los embajadores de los reinos amigos. Cada quien, según sus posibles regalaba al infante, llamándose el regalo *ixquemilt*, ropa para envolver al niño. (2) Buscábase en seguida á uno de los adivinos llamados *Tonalpouhqui*, el que sabe conocer la fortuna de los que nacen. Preguntaba la hora del nacimiento, las circunstancias que lo habían acompañado; consultaba el *Tonalamatl* y las pinturas astrológicas, levantaba la figura como los antiguos astrólogos europeos, y bien considerada, atendido el signo predominante en la hora, la influencia de la deidad reinante en la trecena y las demás circunstancias, decía la buena ó mala ventura, pronosticando según sus cuentas, bienes ó males. El bautismo se hacía cuatro días después, mas si el astrólogo encontraba que aquel era día de signo infausto se trasladaba al próximo feliz; por su adivinanza recibía algún regalo, y si en suerte le tocaba formar el horóscopo de un hijo de rey, seguro estaba de quedar rico para toda su vida. (3)

Las vecinas, amigas y parientes de la enferma venían á salu-

(1) P. Sahagun, tom. II, pág. 191-203.

(2) P. Sahagun, loco cit., pág. 204-15.—Torquemada, lib. XIII, cap. XVII.

(3) P. Sahagun, tom. II, pág. 215-17. Torquemada, lib. XIII, cap. XIX.

darla, teniendo cuidado de restregarse las rodillas con ceniza y restregar las de los niños que llevaban, á fin de fortalecer los huesos. En los cuatro días antes del bautismo ardía fuego continuo en la casa, cuidando de que no se extinguiera ni lo tomaran para sacarlo fuera, para que no se quitara la buena ventura al recién nacido. (1)

Llegado el día del bautismo limpiaban la casa, barrían la calle, aderezaban los aposentos, engalanaban las puertas con ramas y arcos de *tollin*, regando flores por los suelos: preparábase un gran convite, según los medios de que la familia podía disponer. (2) Ponían en el patio una especie de alfombra de tullin de cortas dimensiones, encima un *apaztli* nuevo, (lebrillo de barro) lleno de agua; si el bautizado era varón, colocábase en la alfombra y junto al barreño, una rodelita, un arquito y cuatro flechitas mirando á los puntos cardinales, una mantita y un *maxtlatl*, los útiles del oficio á que el niño iba á ser destinado, que era comunemente el de su padre; si hembra, poníase una estera, escoba, huso (*malacatl*) con su copo de algodón, una enagua y un *huipilli*, todo pequeño. Al lado de Oriente, en una vasija se dejaba el potaje llamado *ixcue*, compuesto de frijoles cocidos y maíz tostado. Los convidados se acomodaban al rededor de la alfombra, llevando las ropas y dijes destinados á la criatura, mientras en el centro ardía el fuego conservado los cuatro días anteriores, en un *hachon* alimentado con rajadas de *ocotl*.

El ministro de aquella ceremonia era la *ticitl*, tomaba al niño en los brazos, desnudábale, poníale en las manos el arco y flechas, ó la escoba, según el sexo; daba una vuelta al rededor de la enea ó tullin, parando con el rostro vuelto al Occidente. Los preparativos tenían lugar al amanecer, y la ceremonia comenzaba á la salida del sol. La *ticitl* levantaba al cielo la criatura con entrambas manos diciendo: "Hijo mio, el señor dios Ometecutli, y Ome-" "cihuatl, señores del doceno cielo, te criaron para enviarte á este "mundo triste y calamitoso; toma pues el agua que te ha de dar "vida, para que con ella vivas en este mundo, la cual se llama la "diosa Chalchintlicue, Chalchiuhtlatonac." Diciendo estas palabras, tomaba el agua con la mano derecha y poníasela en la

(1) P. Sahagun, tom. I, pág. 330-31. Torquemada, lib. XIII, cap. XXIII.

(2) Describen esta comida, Sahagun, tom. I, pág. 334-36. Torquemada, lib. XIII, cap. XXIII.

“boca, y luego volvía á repetir: “Toma niño el agua que te ha de dar vida en este mundo.” Luego se la ponía sobre los pechos y decía lo mismo; luego se la echaba sobre la cabeza y repetía ciertas palabras; porque á este dios del agua le es dado limpiarlas, en todos los que con agua se lavan. Luego lavaba todo el cuerpo de la criatura, y estregándole todos los miembros, decía: “¿Dónde estás mala fortuna? ¿En qué miembro estás? Apártate, ventura mala, de esta criatura.”

“Dicho esto, y hecha esta ceremonia, alzaba hácia el cielo á la criatura, y decía: “Señor Omotecutli, Omecihuatl, criador de las ánimas, esta criatura que criaste y formaste y enviaste á este miserable mundo, te ofrezco para que infundas tu virtud en ella.” Luego volvía segunda vez á levantarla, y hablando con la diosa del agua le decía: “A tí llamo, señora, á tí te suplico, diosa, madre de los dioses, que espíres en esta criatura tu virtud.” Y tercera vez la decía: “Vosotros, celestiales dioses, so- plad á esta criatura, y dadla la virtud que teneis, para que sea de buena vida.” Otra cuarta vez la confrontaba con el sol, y decía: “Señor dios sol, padre de todos; y tú, tierra, madre nuestra, esta criatura os ofrezco, para que como vuestra la ampareis, y pues nació para la guerra (si era niño) muera en ella defendiendo la causa de los dioses.” Dicho esto tomaba el escudo, arco y flechas, y ofrecíalo al dios de la guerra en nombre del niño, diciendo: Recibid, señor, este pequeño don que os ofrezco, con que me doy á vuestro servicio. Plega á tí, señor, que este niño vaya á los cielos, donde se gozan los deleites celestiales, y los soldados que murieron en la guerra.” (1)

Entonces la ticitl ponía nombre al niño, y repitiéndolo tres veces gritaba: “¡Oh hombre valiente! recibe, toma tu rodela, toma el dardo, que estas son tus recreaciones, y regocijos del sol.” Vestía luego la manta y maxtlatl al niño, y entregábalo á la madre. A esta sazón entraban los muchachos del barrio, se apoderaban del *ixcue*, y salían huyendo, comiendo y gritando: “Fulano, fulano, tu oficio es regocijar al sol y á la tierra, y darles de comer y de beber: ya eres de la suerte de los soldados que son águilas y tígres, los cuales murieron en la guerra, y ahora están regocijando y cantando delante del sol:” é iban también

(1) Torquemada, lib. XIII, cap. XX.

diciendo: “¡Oh soldados! ¡Oh gente de guerra! venid acá, venid á comer el ombligo de fulano.” Estos muchachos representaban á los hombres de guerra, porque robaban y arrebataban la comida que se llamaba *el ombligo del niño*. Despues que la partera ó sacerdotisa, había acabado todas las ceremonias del bautismo, metían al niño en casa, é iba delante el hachon de teas ardiendo, y así se acababa el bautismo.” (1)

En el bautismo de la niña, las oraciones van enderezadas á pedir para ella la virtud; vestíanla y colocábanla en la cuna, poniéndola bajo el amparo de Yoalticiti, Yoaltecutli, Yacuhuiztli y Iamamaliztli, rogándoles no hicieran daño á la criatura y le dieran blando y apacible sueño. (2)

Imponían nombre á los niños, por el primer objeto que veían, del nombre del signo fausto del día en que nacían, del acontecimiento fausto ó infausto que llamaba la atención, de los fenómenos celestes ó meteorológicos, de los cargos de familia á que estaban destinados, &c.; (3) á veces, ya grandes, por alguna hazaña cambiaban el nombre, ó añadían otro segundo que servía como de apellido. Quienes nacían en la fiesta secular del fuego, si hombre se llamaba *Molpilli*, si mujer *Xiuhmenetl*. Al varón nacido en los cinco *nemontemi* le decían *Nemon*, *Mentlacatl*, *Nenquizquiquiz*, *Nemoquichtli*, hombre baldío y para nada; la hembra, *Nencihuatl*, mujer infeliz. (4)

En la fiesta del mes *Toxcatl*, hecha á honra de *Huitzilopochtli*, los sacerdotes hacían una incisión á los niños y las niñas nacidas en el año, en el pecho ó estómago, en las muñecas ó en los molle-

(1) Sahagun, tom. II, pág. 217-221. La lám. LVIII del Códice Mendocino; en la parte superior, representa el bautismo: los números se refieren á las estampas publicadas por Lord Kingsborough. La madre (1) con el rostro amarillo, en señal de sus recientes padecimientos, explica con el símbolo de la palabra los discursos que pronuncia; (3) la cuna, y encima (2) el signo del mes; la *ticitl* (4) lleva al niño en los brazos, ora y habla; (9) la alfombra de tollin con el *apatzli* lleno de agua; (5) los objetos destinados al varón, escudo, flechas, los símbolos de los cuatro oficios principales de derecha á izquierda, platero, pintor, mosaico de pluma, albañil; (10) objetos femeniles, escoba, huso, estera; (6, 7 y 8) muchachos que se apoderan del *ixcue*. Las líneas de puntos y las huellas, marcan la correlación de los objetos y los movimientos de las personas. Véase además, Mendieta, lib. II, cap. XIX.

(2) Sahagun, tom. II, pág. 222-23.

(3) Torquemada, lib. XIII, cap. XXII. Motolinia, pág. 37.

(4) Sahagun, tom. I, pág. 192. Torquemada, lib. X, cap. XXX.

dos de los brazos, en señal de quedar consagrados al dios. (1) Las mujeres presentaban en los templos á sus hijos, recibiendo una especie de purificacion. Ya hemos visto que en la fiesta de cada cuatro años agujeraban las orejas á los niños; dábanles á beber pulque, y por eso la llamaban, la borrachera de niños y niñas. (2) Cumpliendo las prescripciones de la naturaleza, las madres criaban sus hijos á los pechos, sin ser excepcion en las categorías más elevadas las esposas de los reyes; unos dos años duraba la lactancia, y el destetar á los chicuelos era celebrado con un convite. (3)

En cuanto á la circuncision, consta que los totonaca, á los 28 ó 29 dias de nacido el niño, le presentaban en el templo, donde los sacerdotes, colocándole sobre una gran piedra lisa, le circuncidaban quemando el despojo; corrompían á las niñas con el dedo, y amonestaban á las madres repitieran la operacion á los seis años. (4) García (5) afirma ser práctica de los de Yucatan é isla de Acuzamil, de los Totonos (sic) "y los Mexicanos hacían lo propio." Zuazo (6) refiere, que los niños permanecían en su casa de dos á cinco años, "é pasado el dicho tiempo circuncidánle á ma-
"nera de Moro ó Judío." Herrera (7) asegura ser costumbre en la provincia de "Guazacualco y Iluta," y tambien "en la provincia de Cuextxatla." En concepto de Acosta, (8) á los niños recién nacidos les sacrificaban de las orejas y del phallus, "que en alguna manera remedaban la circuncision de los judíos." Contradiendo Cogolludo, (9) á Fr. Luis de Urreta en su Hist. de Etiopia, á Pineda en su Monarq. Eclesias. y al Dr. Illescas en la Pontifical, quienes aseguran lo relativo á la circuncision en Yucatan, dice que los predicadores evangélicos no hacen de ello memoria: "A todos los antiguos que viven lo he preguntado, y "me han respondido, que no han alcanzado hubiese tal entre los

(1) Torquemada, lib. X, cap. XVI.

(2) Sahagun, tom. I, pág. 189-90.

(3) Torquemada, lib. XIII, cap. XXIV.

(4) Mendieta, lib. II, cap. XIX. Torquemada, lib. VI, cap. XLVIII.

(5) Orig. de los indios, lib. III, cap. VI, pág. 109.

(6) Carta del Lic. Alonso Zuazo, Colec. de Doc. del Sr. D. Joaquin Garcia Icazbalceta, tom. I, pág. 364.

(7) Hist. de las Indias, déc. IV, lib. IX, cap. VII.

(8) Hist. nat. y moral, tom. I, pág. 71.

(9) Hist. de Yucatan, lib. IV, cap. VI.

"indios, ni éstos tienen tradicion de que usasen tal costumbre "sus ascendientes." Clavigero niega la existencia entre los mexicanos de semejante práctica. Segun lo que nosotros hemos podido alcanzar, la circuncision era propia de los totonaca y tal vez de alguna otra tribu; mas no era acto religioso entre los mexicanos y los pueblos sujetos al imperio: el sacrificio en los niños de tierna edad, las mutilaciones que particulares y sacerdotes se hacían en sus penitencias, pudieron acreditar una creencia que no aparece sólidamente comprobada.

Mientras los niños se iban criando, los padres les ofrecían á los establecimientos de educacion. Eran éstos de dos clases; el Calmecac ó colegio religioso, donde se enseñaba el servicio de los dioses y á vivir en limpieza, humildad y castidad; el Telpuchcalli, recogimiento propiamente de enseñanza de los conocimientos civiles. De igual manera se llamaban las escuelas para las niñas, y la instruccion al mismo tiempo era religiosa y mujeril. Cuando los padres determinaban hacer la dedicacion, preparaban un convite, invitaban á sus parientes y al superior del colegio, y despues de regalar á éste con *maxtlatl*, mantas y flores, le declaraban su pretension; aceptada, tomaba en brazos al niño en señal de ser su súbdito, agujerábale el labio inferior y le ponía el *tentell* ó barbote. (1) Los chicuelos permanecían en su casa, hasta la edad designada para entrar al colegio. (2)

La educacion en esa edad temprana, dada inmediatamente por los padres, la trazan para el varon y la hembra simultánea y progresivamente las láminas del Cód. Mendocino. A los tres años (núm. 1, lám. LIX), el padre (2) enseña á hablar y da consejos á su hijo (3) que ya puede andar: la madre (5) comienza la enseñanza de la hija (7): ambos chicos reciben por alimento en cada comida, media tortilla de maíz, *tlaxcalli* (4 y 5). Mientras el varon sólo va cubierto con la manta, la hembra está vestida; aquel pueblo cuidaba mucho de la decencia femenil, despertando desde muy temprano en la mujer, el sentimiento del pudor y el

(1) La parte inferior de la lámina LVIII, representa el acto de ofrecer al niño á uno de los establecimientos públicos. El padre (11) y la madre (14) están dedicando al niño todavía en la cuna (13); escuchan y admiten, puestos aquí alternativamente por las líneas de puntos, ya el sacerdote superior del Calmecac (12), ya el Telpuchtlato, Telpuchtlatoque ó Tiachcauh, superior del Telpuchcalli. (15)

(2) P. Sahagun, tom. II, pág. 223.

amor á la virtud. Desde recién nacidos, usaban bañar repetidas veces á los párvulos en agua fría, aun durante el invierno; la ropa era muy poca, la cama dura. La falta de abrigo no era sólo en los hijos de los pobres; practicaban lo mismo los nobles y los ricos, pues el intento era hacerlos robustos y sanos. (1)

A los cuatro años, el padre (8) emplea al niño en trabajos ligeros (9), como acarrear agua en pequeñas vasijas; la madre (11) pone en manos de su hija el *malacatl*, huso, dándole las primeras lecciones de deshuesar el algodón (13); la ración por comida una tortilla (10 y 12).

A los cinco años, el padre (14) hace cargar á sus hijos (15 y 17) pequeñas carguillas; la madre (18) prosigue el enseñamiento del hilado (20); una tortilla por alimento (16 y 19). Entre aquellos pueblos privados de bestias de carga, era indispensable acostumbrarse á llevar á cuestras grandes pesos; los mercaderes para su comercio, los ricos y los pobres para transportar sus menesteres, los soldados para sus armas y bagajes, tenían necesidad de ir siempre cargados. De aquí el uso de esas carguillas, de poco peso al principio, y el cual se iba aumentando según la edad; el hábito se hacía tal, que cuando les faltaba suficiente carga, tomaban piedras ó tierra para completarla. Sin el alivio de los medios de locomoción, aprendían á caminar á pié, haciendo jornadas muy largas, descalzos por llanuras y montañas. Así, los fundamentos de esta educación reposaban en la frugalidad, el trabajo, y en la robustez para resistir á la intemperie.

A los seis años, el padre (21) manda á sus hijos al *tianquiztli*, mercado (22) á ganar alguna cosa de comer á cambio de su trabajo; la madre (24) perfecciona á su hija (24) en el manejo del *malacatl*: la ración ha subido á tortilla y media (23 y 25).

A los siete años (2) (1) el padre (2) comienza á industrializar á su hijo (4) en componer las redes, *matlatl*, ó en los menesteres de algún oficio; la madre (5) perfecciona á la niña en hilar (7); la ración tortilla y media (3 y 6).

A los ocho años (8) las amonestaciones de palabra van acompañadas con la amenaza del castigo. El padre (9) pone á la vista del varón poco diligente (11) las puntas de magney (10), símbolo

(1) Torquemada, lib. XIII. cap. XXVII.

(2) Lord Kingsborough, tom. I, lám. LX.

de castigo y también de la penitencia religiosa; la madre (13) procede igualmente contra su hija (14): el alimento todavía tortilla y media (10 y 14).

A los nueve años (17), el padre (19) ata de piés y manos al muchacho flojo ó desaplicado (20), punzándole con las puas del magney: la madre (21) sigue aquel ejemplo con la muchacha (23), si bien se advierte que en éste, como en todos los demás casos, la hembra es tratada siempre con menos rigor que el varón: tortilla y media por alimento (18 y 22).

Llegados los diez años (24) los castigos á los desobedientes é incorregibles se tornan más duros y violentos. El padre (26) da de palos á su hijo (27); la madre (28) usa del mismo remedio con la hija (30); siempre tortilla y media (25 y 29).

Arreciaban los castigos á los once años (10) (1). El padre (3) expone al hijo (4) al humo asfixiante que despide el *chilli* (chile, pimiento, *capsicum*) quemado al fuego (5); la madre (6) procede con su hija (7) de la misma manera (9): no cambian la tortilla y media (2 y 8).

Doce años (10), y el padre (12), por castigo y aun para acostumbrarle á la fatiga, ata á su hijo (13) y le hace dormir desnudo sobre la tierra desigual; la madre (15) levanta á su hija (17) á la media noche (14) haciéndola barrer la casa y la calle, ya para acostumbrarla al trabajo, ya para cumplir ciertos ritos religiosos: por alimento tortilla y media (11 y 16).

Son los trece años (19), y el padre (18) ha enseñado á su hijo (21) á ir á traer leña ó yerba del campo y á manejar una canoa; se advierten dos mejoras, el muchacho lleva ceñido el *maxtlatl*, dejando de estar completamente desnudo, y su ración es de dos tortillas (20). La madre (22), perfeccionada la hija en el hilado y en los quehaceres domésticos, la aplica á moler y cocer el pan (23); se la ve de rodillas delante del metate, *mellatl*, moliendo el maíz cocido de que se forma la masa, distinguiéndose delante el molcajete, *mulcaxitl*, (25) vasija de piedra ó de barro, que con su *texolotl* ó molidor, se emplea para triturar el *chilli* y las demás sustancias que sirven de salsas; el comal, *comalli*, colocado sobre el hogar, *tlecuilli*, compuesto de tres piedras colocadas en triángulo, entre las cuales se pone el combustible y que sus-

(1) Lord Kingsborough, tom. I, lám. LXI.